



NOTAS PARA DEJAR DE
**PEDIR PERDÓN POR SER
MUJER**

KARINA C. URREA

Notas para dejar de pedir perdón por ser mujer

Texto original de Karina C. Urrea

Portada

Fotografía de la toma feminista de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 2018. Por Editorial Mariquita

Editorial Mariquita

Correo: editorialmariquita@gmail.com

Facebook: [editorialmariquita](https://www.facebook.com/editorialmariquita)

Web: editorialmariquita.wixsite.com/oficial

Issuu: www.issuu.com/editorialmariquita

Ningún derecho reservado. Difunda.

Feminismo radical, liberal, socialista, comunitario, decolonial, anarquista, interseccional, de la primera o de la segunda ola. Si es que suelen rondar los círculos feministas, es muy probable que se hayan encontrado con varias de estas etiquetas. Por mi parte, hoy vengo a comentar mis perspectivas sobre feminismo radical. Primero quiero aclarar que soy todo lo contrario a una experta: una principiante¹.

No recuerdo cuando comencé a llamarme feminista ni tampoco estoy muy consciente del momento en que me acerqué al feminismo radical. Sé que me hice feminista cuando militaba en la izquierda y las ideas que defendía se me hicieron, en parte, extrañas y ajenas. Al feminismo radical, por otra parte, me

acerqué tras un par de años de organizarme junto a mujeres de diferentes corrientes feministas. El espacio era tremendamente enriquecedor y acogedor, pero pronto sentí la necesidad de nutrirlo con algo de perspectiva política para darle más sentido a todas las reuniones y manifestaciones que levantábamos.

En las siguientes páginas quisiera compartir algunas reflexiones que he cultivado al leer y escuchar a feministas radicales. Invocaré, para esta ocasión, a las maravillosas Adrienne Rich², Carla Lonzi³, Audre Lorde⁴, Victoria Sendón de León⁵, y Mar-

1 Anticipo desde ya la vaguedad teórica de muchos conceptos utilizados. Más que hablar sobre feminismo radical, pretendo compartir mis reflexiones sobre los peligros latentes de caer en el liberalismo y las ventajas de abrir camino en las lecturas radicales.

2 Adrienne Rich (1980) *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*. Duoda Revista d'Estudis Feministes. Número 10.

3 Carla Lonzi (1972) *Escupamos sobre Hegel*. Editorial Anagrama. Barcelona, España.

4 Audre Lorde (1984) *La hermana, la extranjera*. Disponible en <http://glefas.org/download/biblioteca/feminismo-antirracismo/Audre-Lorde.-La-hermana-la-extranjera.pdf>

5 Victoria Sendón de León, *Violencia simbólica*. Disponible en <http://www.nomasviolenciacontramujeres.cl/wp-content/uploads/2015/09/jornada.06.ponencia.Victoria.Sendon.pdf>

garita Pisano⁶ (mi más cercana temporal y geográficamente). Así, intentaré contraponer sus enseñanzas a los fundamentos liberales que sostenían las ideas y acciones feministas que defendí en el pasado, y que —bajo argumentos que posteriormente detallaré— también abundan en gran parte del activismo feminista universitario e izquierdista del que me rodeo.

Pero antes, ¿por qué escribir? ¿para qué exponer mis ideas habiendo tantas mujeres que lo han explicado antes que yo, y de manera tan cautivadora? A modo personal, lo tomo como un desafío. Las ideas radicales suelen incomodar incluso dentro del feminismo. Es cierto que sacar la voz no nos vuelve invencibles de inmediato, pero nos permite crear encontrarnos, conocernos, armarnos de redes con otras mujeres que sienten los mismos temores. Y ese, a mi parecer, es el primer paso para enfrentar todo aquello que genera miedo, dentro y fuera de nosotras mismas.

Ahora sí, comencemos. El primer bichito que me picó me trajo una pregunta gigante y tormentosa en su momento: ¿qué es ser mujer? Probablemente, tras dedicar mucha mente y corazón

a analizar nuestra experiencia como mujeres en sociedades androcéntricas, la respuesta tarde en llegar claramente.

Desde que era una niña, mi abuela transmitió a mí y a mis primas un modelo femenino dedicado a la cocina, los cuidados y la limpieza. Las películas de Disney me inculcaban ideales de belleza, amabilidad y sumisión. Mis padres, las teleseries, la publicidad, mis profesores: todos me decían qué era y qué no era ser mujer. Así, desarrollé gustos y miedos; habilidades y vergüenzas. Cuando tempranamente intuí que ser hombre constituía una ventaja en muchos aspectos de la vida, me sentí frustrada.

Crecí sufriendo por no ser esbelta y delicada, y también por desear serlo. He sentido pánico ante la idea de crear y parir una persona desde mis entrañas, al tiempo que me han convencido de que la maternidad es solución a la soledad. Lloré cuando me llegó la regla por vez primera y sentí asco cuando me ocurrió una segunda: he odiado mi cuerpo sexuado y mi ser mujer. Naturalmente hubiera renunciado a esta experiencia contradictoria y dolorosa en caso de haber podido, pero tropiezo con mi mujeritud cada vez que me miro y me miran, desnuda o camuflada, en el baño, en la cama y en la calle. Es algo que me constituye y que

⁶ Margarita Pisano (2004) *Julia, quiero que seas feliz*. Ediciones Surada. Santiago, Chile.

no puedo abandonar si pretendo comprenderme individual y colectivamente. Mi feminidad, en cambio, es algo que propongo y pretendo destruir.

*

A esta diferencia entre *mujer* y *feminidad* corresponde la distinción conceptual sexo y género. Es sabido que, naturalmente y salvo excepciones, los seres humanos nacemos con vagina o con pene (y el resto de las características fisiológicas relacionadas). Esta diferencia está marcada en varias partes de nuestro cuerpo y es principalmente visible en la genitalidad. Para referirnos a ella hemos utilizado las palabras *hombre* y *mujer*. Los estudios de la antigüedad nos han permitido saber que, a lo largo de la historia humana, las personas han diferenciado sus trabajos y formas de vida según su sexo. Carla Lonzi sugiere que ésta es la diferencia básica de la humanidad.

En este punto del análisis aún no presenciamos una situación de injusticia. El problema comienza cuando uno de los dos sexos (hombres) ejerce poder y restricciones sobre el otro (mujeres). A través de distintos mecanismos e instituciones, legales o ilegales, los hombres de distintos tiempos y tierras han

sometido a la mujer a un estado de inferioridad política, económica y cultural. Así, mientras las sociedades se han desarrollado en distintas direcciones y horizontes, parece existir una constante más o menos a nivel humanitario: el hecho de que los hombres se han tomado el poder de construir y contar la historia oficial.

Mientras los hombres han discutido entre ellos a través de épocas y continentes, constituyéndose como sujetos históricos —el Hombre— que crean y destruyen imperios, desarrollan medicina y armas de guerra; a nosotras nos han situado en una esquina, invisibilizadas, construyendo la idea de que somos inferiores, secundarias y objetos para su consumo. Los hombres han creado un mundo a partir de la existencia de un sujeto supuestamente neutro que son ellos mismos.

En este mundo androcéntrico —y en el caso occidental— los hombres cuentan con algunas características que los hacen protagonistas de la historia (fuerza, valentía, inteligencia, frialdad), y nosotras con otras, que nos vuelven útiles a ellos⁷

⁷ Aunque no solo cuidemos hombres, lo cierto es que, si las mujeres nos hacemos cargo de esas tareas, los hombres no tienen que hacerlo y se pueden dedicar a desarrollar trabajos y habilidades que valoran más.

(amabilidad, belleza, dulzura, sensibilidad). Para referirnos a esta construcción social, cultural, política y económica, usamos los conceptos de **género masculino o femenino**, respectivamente.

“La masculinidad contiene la feminidad, es una sola ideología y constructo cultural... El colectivo de varones pensó e instaló a las mujeres dentro de la feminidad. Sin embargo, lo femenino no somos las mujeres, a pesar de que solo nosotras tengamos la experiencia sometida de la feminidad. Se trata de una construcción social, política, económica y emocional desde un cuerpo ajeno. La feminidad no tiene autonomía ni un cuerpo pensado-pensante, valorado desde sí mismo: obedece a quien la piensa y asume aberrantemente la cultura masculinista como propio” (Margarita Pisano)

Un alcance importante que realiza Margarita Pisano es la necesidad de comprender que lo masculino no se contrapone a lo femenino, sino que lo incluye. Eso quiere decir que el problema no trata solo de encajar o no en los roles de género. Lo que reclamamos es que las mujeres no hemos sido siquiera las artífices responsables de la idea de feminidad que se nos ha impuesto. Han sido los hombres, ejerciendo control sobre el cuerpo de las

mujeres, quienes han moldeado nuestra existencia según su utilidad. Es por eso que no es lo mismo criticar la masculinidad que a la feminidad. Si bien ambas actúan como estereotipos que no pueden ser alcanzados por todos y todas, los hombres son los únicos que han tenido la oportunidad de crear su propio encasillamiento.

A partir de estas consideraciones se desprende una premisa básica pero indispensable: el género es social, no individual. Entonces, cuando hablamos de **Patriarcado**, nos referimos a todo el entramado histórico de estructuras e instituciones sociales, económicas, culturales y emocionales, orientadas hacia el control del cuerpo y las ideas de las mujeres por parte de los hombres. Es cierto que parece una entidad magna, compleja y casi imposible de desmontar; pero así debe serlo si consideramos la cantidad de siglos de existencia, perfeccionamiento y adaptación que viene acumulando.

El uso del concepto de Patriarcado tiene la ventaja de aportarnos perspectiva histórica y global al análisis de las relaciones de género particulares que se desarrollan en cada contexto. Además, nos permite prescindir de términos ahistóricos como “machismo” y “desigualdad de

**“TODO AQUELLO
QUE PUEDEN
REALIZAR LOS
HOMBRES ES
POSIBLE GRACIAS
A LAS RESTRIC-
CIONES A LAS
QUE SOMETEN A
LAS MUJERES. NO
HABLAMOS YA DE
DESIGUALDAD,
SINO DE OPRE-
SIÓN DE GÉNERO”**

género”, que nos aparecen como males de determinadas culturas o sociedades, sin tener un origen más específico que las costumbres o la tradición. No solo estamos diciendo, por tanto, que el Patriarcado provoca que los hombres puedan hacer ciertas cosas y las mujeres otras; sino que todo aquello que pueden realizar los hombres es posible gracias a las restricciones a las que someten a las mujeres. No hablamos ya de desigualdad, sino de **opresión de género**.

Con este esquema en mente, discrepo de aquellos discursos transactivistas que declaran el origen de la mujeritud/hombritud en el interior de cada persona. Es cierto que todos/as asimilamos de distinta manera los mandatos del género que se nos son asignados según nuestro sexo, pues estos son flexibles. El género varía, y, como señala Margarita Pisano, los hombres adoptan con facilidad aquellas cosas de la feminidad que les resultan atractivas: los cosméticos, la cara amistosa de la maternidad, la sensibilidad, algunos estilos de música; por nombrar algunos de nuestra época. Lo que no ha sido flexible es la dominación de los hombres hacia las mujeres. Hablamos, entonces, de una macrocultura (otra idea de Margarita Pisano) patriarcal y androcéntrica.

A lo largo de la historia, las mujeres nos hemos pronunciado contra esa macrocultura y las limitaciones que nos impone. El **feminismo** surge a partir de la necesidad de combatir esta macrocultura. Somos feministas cuando las mujeres tomamos conciencia de nuestra situación subordinada y, en términos de Julieta Kirkwood⁸, transformamos

8 Julieta Kirkwood (1986) *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Flacso. Santiago, Chile.

nuestra rebeldía individual en rebeldía social y organización. Si aceptamos esa premisa resulta bastante evidente que solo nosotras podemos ser feministas, al tiempo que nuestra movilización interpela a un cambio en el actuar de la sociedad total.

Las definiciones conceptuales que revisamos anteriormente constituyen, a mi modo de ver, un piso mínimo de discusión, que por supuesto es pulible, discutible y profundizable. Aún me falta mucho por leer y conocer: esa es una cruzada que no abandonaré. De las feministas radicales aprendí la importancia de nutrir el feminismo a partir de la historia de nuestras ancestras. En una cultura que borra la genealogía materna y nos hace ver la existencia y el sufrimiento de cada mujer como relatos aislados y excepcionales, es nuestra responsabilidad reconstruir nuestra historia aprendiendo de nuestras opresiones y rebeldías.

**

Asumiendo este compromiso y voluntad se hace posible la discusión sobre la estrategia política de un movimiento feminista situado territorialmente y con perspectiva global. En este apartado mencionaré algunas críticas hacia las perspectivas

liberales que surgen en algunas propuestas y discursos, antiguos y actuales dentro del movimiento feminista.

¿Cómo delimitar el feminismo liberal? Ciertamente no tiene que ver con límites espaciotemporales. Un punto importante es que este feminismo reconoce una situación de *desigualdad* entre los sexos⁹, que favorece al grupo masculino. No llega, sin embargo, a plantear la existencia de una relación opresiva, es decir, reconocer que las condiciones de vida de los hombres (cómodas o terribles) han sido posibles gracias al sometimiento femenino. Las guerras no se hubieran sostenido sin la existencia de mujeres que cuidaron a los enfermos, heridos de batalla y niños-futuros soldados. Los grandes intelectuales y científicos no hubieran tardado lo mismo en sus grandes empresas de no haber contado con silenciosas mujeres que les servían café y tendían sus camas.

Probablemente, el hecho de que el Patriarcado siempre ha estado presente nos ha impedido notar claramente que su existencia es creada y recreada por actores definidos: los hombres. Quizá nos ha frenado el dolor de

9 Esta idea proviene de la clasificación que realizan Patricia Madoo Lengermann y Jill Niebrugge-Brantley en *Teoría feminista contemporánea* (1993)

ver enemigos políticos en nuestros padres, hermanos, amantes, amigos e ídolos. Aceptar esta realidad es un paso importante para despojarnos de la mirada liberal.

El feminismo liberal no solo tiene anclaje en la institucionalidad ministerial u oenegera. También lo he visto en organizaciones de izquierda que persiguen con insistencia la idea de un *feminismo para todxs* que tiende a perder su capacidad crítica mientras busca acomodarse a todo tipo de espectadores. Las feministas militantes apelan a un cambio racional en los hombres, principalmente aquellos con quienes comparten filas. Se desgastan por generar ese cambio, haciendo un llamado a su solidaridad y comprensión, pero es evidente que no se trata solamente de una falta de autoformación.

No creo que sean esfuerzos en vano: es muy probable que las transformaciones que impulsan esas compañeras traigan como consecuencia varios cambios positivos para las mujeres que militan dentro de ese espacio. Lo que no podemos olvidar es que los hombres —sea cual sea el espacio de participación— tienen intereses creados, y de ellos dependerá el límite de las transformaciones sobre las relaciones de género en cualquier organización mixta. Puede que los militantes dejen de acosar y abusar a sus compañeras (y me parece perfecto que así sea). Puede que las condiciones para las mujeres se modifiquen dentro de muchas instituciones. Pero si el feminismo liberal lidera este proceso de cambios, solo acabaremos por crear una feminidad acomodada al progresismo correspondiente.

**“LO QUE NO
DEMOS OLVIDAR
ES QUE LOS HOM-
BRES [...] TIENEN
INTERESES CREA-
DOS, Y DE ELLOS
DEPENDERÁ EL
LÍMITE DE LAS
TRANSFORMA-
CIONES SOBRE
LAS RELACIONES
DE GÉNERO”**

El peligro del liberalismo no es tanto su nula potencialidad para acabar con el patriarcado, sino su tremenda capacidad de legitimarlo. Las medidas y discursos limitados que proporciona —como las cuotas de género o los incentivos a la conciliación trabajo-familias— se plantean como soluciones suficientes a la violencia hacia las mujeres, al tiempo que se limitan a establecer mecanismos que favorezcan la asimilación de las mujeres al ideal masculino.

Mientras se nos llama *exageradas* por no estar dispuestas a cerrar el debate, el horizonte normativo del feminista liberal deja de ser un mundo en el que las mujeres dejen de ser oprimidas y pasa a ser una sociedad en que, para librarnos de la violencia patriarcal, debemos borrar nuestra diferencia sexual y aspirar a ser el sujeto “neutro” masculino que nunca podremos llegar a ser.

“Cuando se plantea un esquema de emancipación puramente igualitario, no se está cuestionando el sistema en sí, sino la posibilidad de compartir los privilegios y los derechos del dominador... Cuando se proponen políticas de igualdad sin revisar el modelo masculino patriarcal, estamos aceptando simbólicamente

que los varones, no solo están en una posición superior, sino que son superiores y que su modelo está fundamentado en el orden natural.” (Victoria Sendón de León)

Nosotras no queremos (ni podemos) ser hombres, queremos acabar con el patriarcado. Dentro de mi modesta trayectoria, nunca encontré alguna salida posible dentro del feminismo liberal.

En el contexto latinoamericano es también muy frecuente izar la bandera del enfoque **interseccional**, que busca entrelazar diferentes ejes —como raza, clase, orientación sexual— en el análisis de la opresión. Sin embargo, creo que estas perspectivas suelen limitarse a recordarnos que las mujeres no somos iguales. Es una consideración importantísima, pero me parece más una precaución que una estrategia política o analítica. Resulta clave que nuestra comprensión sobre el patriarcado debe poner la mirada sobre violencias y mecanismos raciales, clasistas, coloniales y heteronormativos de dominación. Pero ¿debemos trabajar todas juntas? ¿cómo podemos evitar caer en la secundarización del feminismo

dentro de organizaciones mixtas antirracistas, de izquierda o LGTB? Aún no lo sabemos.

Una perspectiva interseccional debe apuntar a nutrir el análisis sobre el Patriarcado. Adrienne Rich, por ejemplo, plantea con urgencia que *“la heterosexualidad, como la maternidad, necesita ser reconocida y estudiada en tanto que institución política.”* (Adrienne Rich, 1996). Esta autora no se limita a mencionar que las mujeres lesbianas y/o madres son más explotadas y por eso deben recibir mayor atención en el movimiento feminista; sino que visibiliza la importancia de comprender cómo aquellas características individuales deben permitirnos apreciar los diferentes tipos de control naturalizado e institucionalizado que ejerce el patriarcado sobre nuestras vidas.

En cuanto a la raza, Audre Lorde nos hace ver que *“a las mujeres blancas se les tiende la trampa de inducir las a unirse al opresor con el supuesto de compartir el poder. [...] Las mujeres blancas tienen a su disposición un abanico más amplio de supuestas alternativas y recompensas por identificarse con el poder patriarcal y sus armas.”* (Audre Lorde). No se trata, por tanto, solo de incorporar un enfoque interseccional sobre la situación

de cada persona para identificar a la sujeta más oprimida que nos llevará a la revolución; sino de comprender cómo se articula el engranaje de los mecanismos de exclusión —racistas, sexistas, clasistas, imperialistas, colonialistas...— que sostienen nuestra sociedad.

Al feminismo liberal más culposo hay que recordarle recurrentemente que las teorías feministas no son teorías del sufrimiento, sino de la opresión; y que el feminismo no es un movimiento de los más oprimidos, sino de las mujeres, agrupadas en torno a la rebeldía que genera nuestra opresión sexual. Muchas de ellas suelen esforzarse demasiado en demostrar que el feminismo es bueno para todo el mundo, como si solo fuera una ganada más dentro del progreso de la humanidad. El bien contra el mal, lo moderno contra lo tradicional, la humanidad conciente e iluminada del siglo XXI contra la humanidad cruel y despiadada del pasado.

Este *buenismo*, como llama Margarita Pisano, se nos aparece a cado rato y cada vez que niegan el androcentrismo. En este afán de incluir a todos, las feministas ignoran la necesidad de espacios separatistas. Me llaman la atención especialmente aquellos espacios movilizadoss que acep-

tan el separatismo al tiempo que incluyen hombres *gays, disidentes sexuales y no binarios*. Si es que la finalidad de un espacio separatista es crear un espacio seguro para potenciar nuestra organización y nuestro desarrollo político y cultural, ¿por qué suponemos que los hombres no heterosexuales y críticos del género han de ser distintos al resto? ¿acaso la violencia patriarcal existe solo en relaciones heterosexuales y románticas? Por más que sean sujetos afectados por el Patriarcado, su experiencia simplemente no es la nuestra. La opresión que nos ejercen no depende de su identidad ni de su voluntad. Pueden dejar de ser cómplices y convertirse en activistas contra la violencia hacia las mujeres —como cualquier hombre—, pero no depende de su individualidad su pertenencia al grupo que saca provecho de las mujeres.

Éstas no son solo discusiones teóricas o académicas. Sus implicancias prácticas se reflejan en el tipo de políticas y estrategias de movilización y organización que se defienden en nombre del feminismo. Un claro ejemplo es lo que ocurre con el debate sobre educación sexual. Me he encontrado más de una vez con activistas LGTB (principalmente G) que están decididos a debatir contra la postura que defienden los sectores moralistas de la sociedad, amparados en un discurso tradicional y conservador acerca de la sexualidad, que se centra en la reproducción. Estos grupos desplazan el énfasis hacia la liberación sexual e identitaria. El problema de este activismo es que siguen entendiendo las restricciones sexuales como individuales. De esta manera, el objetivo principal se vuelve el garantizar el acceso al placer sin barreras morales, derribando mecanismos violentos y represivos. De ninguna manera quiero decir

“LAS TEORÍAS FEMINISTAS NO SON TEORÍAS DEL SUFRIMIENTO, SINO DE LA OPRESIÓN; [...] EL FEMINISMO NO ES UN MOVIMIENTO DE LOS MÁS OPRIMIDOS, SINO DE LAS MUJERES”

que está mal hablar de placer. Tampoco pretendo relativizar la violencia homo y lesbofóbica.

Mi punto es que no podemos negar que la violencia sexual también es un problema urgente que debiera ser considerado dentro de esta problematización; y que afecta enormemente a niñas, adolescentes y mujeres. “Sacar la violación del dominio de “lo sexual”, situándola en el dominio de “lo violento”, permite estar en contra de ella sin cuestionar hasta qué punto la institución de la heterosexualidad ha definido la fuerza como una parte normal de “los preliminares” (Adrienne Rich citando a Mackinnon). La violencia sexual es parte de la sexualidad de las mujeres, y el primer paso para acabar con esta cultura de la violación es nombrando la existencia y la historia de nuestros cuerpos sexuados.

He ocupado muchas hojas criticando todo aquello que, a mi parecer, no deberíamos avalar. No me impulsó un afán destructivo ni despectivo, sino el puro miedo de hacernos cómplices de nuevas formas de invisibilización hacia la mujer. Estoy convencida del riesgo tremendo que implica ignorar la diferencia sexual entre hombres y mujeres. En palabras simplistas, aceptar que ser mujer

es un sentimiento o identidad desarraigada del cuerpo, nos lleva a negar que el género es social y que es un mecanismo a través de los cuales la cultura androcéntrica ha limitado y definido a las mujeres solo por tener útero.

Transformar o diversificar la forma en que determinadas mujeres y hombres incorporan a su vida la feminidad y la masculinidad no constituye un ataque al patriarcado sino una adaptación. La cultura masculina va cambiando y mutan también sus necesidades sobre las mujeres. Hubo un tiempo en que nos usaron como botines de guerra o como objetos de intercambio a través del matrimonio. Hemos sido útiles encerradas en nuestras casas y cruzando fronteras con niños a cuestas; trabajando formalmente o de ilegales mientras resistimos el acoso y los bajos salarios. Nos han tenido de putas, amantes, esposas, madres e hijas; y aunque las condiciones de nuestras vidas han cambiado (porque ha cambiado la vida de toda la humanidad), esas transformaciones permanecen en el marco del beneficio masculino y de las instituciones que los hombres han creado y sostenido.

No es casual que —a pesar de todos los *avances* que podríamos apreciar en la situación

de nuestras bisabuelas— los hombres han cedido muy levemente el control que tienen sobre nuestros cuerpos. Mientras intentamos acabar con restricciones que nos parecen horribles y atemporales (como la penalización del aborto y los abusos sexuales), el patriarcado se actualiza y nos ofrece nuevos mecanismos de control, más amigables e institucionales, como la legalidad de la prostitución y los vientres de alquiler.

¿Cuál es la perspectiva tan reveladora del feminismo radical? En primer lugar, la primera y gran claridad que encontré en las feministas radicales fue la necesidad de asumir la historia como ha sido. Ese es requisito básico para poner en marcha nuestra rebelión. Para conseguirlo, es necesario emprender el largo e inacabable camino de reconstruir la genealogía de las mujeres. Necesitamos descubrir nuestras vidas extintas y presentes para poder imaginar las futuras. No se trata de comprender nuestra historia como un fragmento oculto del pasado de la humanidad, sino de validar la existencia femenina como relato necesario para comprender la humanidad completa.

Un segundo planteamiento es rechazar la cultura creada por los hombres. Pese a todo lo que nos han minimizado y asesinado, aún resulta un desafío difícil. Hemos sido criadas en una sociedad que valora a los hombres y a sus ideales de competitividad y virilidad; al tiempo que nos inculca la misoginia como sentimiento natural hacia las otras y a nosotras mismas.

“La identificación con lo masculino es el acto mediante el cual las mujeres colocan a los hombres por encima de las mujeres, ellas incluidas, en cuanto a credibilidad, categoría

**“ES NECESARIO
EMPRENDER EL
LARGO E INACABABLE CAMINO
DE RECONSTRUIR
LA GENEALOGÍA
DE LAS MUJERES.
[...] VALIDAR
LA EXISTENCIA FEMENINA
COMO RELATO
NECESARIO PARA
COMPRENDER
LA HUMANIDAD
COMPLETA”**

e importancia en la mayoría de las situaciones, sin considerar la calidad relativa que las mujeres puedan aportar a la situación... La interacción con mujeres es vista como una forma inferior de relación a todos los niveles.” (Adrienne Rich)

Buscamos parecernos a los hombres en todo aquello que nos sea posible, y ocultamos eso que nos diferencia. Deseamos que nuestra regla o nuestro posnatal afecten poco y nada nuestra trayectoria laboral. Nos jactamos de tomar distancia emocional de nuestros compañeros/as sexuales. Detestamos y admiramos al profesor cuya inteligencia nos intimida y paraliza. ¿Para qué perpetuar esta relación de amor y odio con el Patriarcado? ¿Por qué gastar fuerzas en defenderlo y hacerlo amigable?

“Nosotras tenemos que ir construyendo una cultura basada en una individuo completa y en sí misma, con el desarrollo total de su capacidad humana de pensar y de estar expresada, donde sus relaciones se asienten en la responsabilidad de su libertad y no en un sentimiento impuesto, y donde se entienda la vida como un constante descubrimiento” (Margarita Pisano)

Hoy rechazo la cultura androcéntrica y sus desastres naturales y sociales. Reniego de las estructuras que han impulsado nuestra explotación y la posterior invisibilización de nuestra opresión. Me opongo rotundamente a que —como si fuera poco— crean poder decidir sobre las formas y estrategias de nuestra rebeldía y movilización. Adhiero a la apuesta de aprovechar el feminismo —separatista— como oportunidad histórica para ser nosotras mismas las que nos conozcamos y nos definamos, para dejar de ser lo *femenino* y comenzar a ser seres humanas plenas, no más mujeres-objetos. Si para los hombres es difícil imaginar un ideal más allá de ellos, para nosotras es el desafío revolucionario. No necesitamos aspirar a convertirnos en seres neutros o no binarios, sino reivindicar la idea radical de que nuestros cuerpos hechos de estrógenos y ovarios pueden ser sujetos activos de su propia historia.

ESCRIBE AQUÍ TUS NOTAS

ESCRIBE AQUÍ TUS NOTAS

EDITORIAL MARIQUITA



Si te gustaría leer sobre algo en específico, tienes comentarios, sugerencias, ideas para otros fanzines, o simplemente quieres contactarnos algo, escríbenos a través de nuestro fanpeich o por correo. Gustosxs responderemos a tus inquietudes. También puedes revisar nuestra página web o nuestro perfil en Issuu, ahí subimos todo el contenido que vamos publicando (incluida la Revista Furiosa) de forma libre y gratuita.

¡Abrazos y cariñitos!

Web: editorialmariquita.wixsite.com/oficial

Correo: editorialmariquita@gmail.com

Facebook: [editorialmariquita](https://www.facebook.com/editorialmariquita)

Issuu: www.issuu.com/editorialmariquita



 TOMA
FEMINA